

# El hombre neutro\*

**A**unque me había prometido a mí misma guardar el secreto de este episodio, he terminado por transcribirlo, inevitablemente. De todas formas, ya que la reputación de algunos extranjeros ilustres está en juego, me veo obligada a utilizar nombres ficticios, lo que no enmascara a nadie, pues cualquier lector familiarizado con las costumbres de los Británicos en un país tropical podrá reconocer a cada uno de los personajes sin ningún esfuerzo.

★

Recibí una invitación para asistir a un baile de disfraces. Sorprendida de mis propios hábitos, me embadurné el rostro con una crema de color verde eléctrico fosforescente. Sobre esta capa de base diseminé minúsculos diamantes falsos, sin más pretensión que, al empolvarme con tales estrellas, semejar un cielo nocturno.

Así, hecha un manojo de nervios, me introduje en un transporte público que me llevó hasta las afueras de la ciudad, a la plaza del General Epigastrio. Un espléndido busto ecuestre de tan ilustre militar dominaba la plaza desde lo alto; el artista que supo resolver el extraño problema planteado en la construcción del monumento se inclinó por una atrevida simplicidad arcaica, limitándose a hacer un retrato maravilloso: un busto del caballo perteneciente al General. El Generalísimo Don Epigastrio, bajo esta forma, pervive grabado en la imagen popular.

El castillo de Mr. Mac Frolick ocupaba por completo la fachada oeste de la plaza del General Epigastrio. Un criado indio me hizo pasar a un gran recibidor de estilo barroco. De golpe me encontré rodeada por un centenar de invitados. La atmósfera bastante cargada me confirmó finalmente que yo había sido la única persona en tomar la invitación al pie de la letra: sólo yo me había disfrazado.

«Sin duda —me dijo Mr. Mac Frolick, amo y señor de la casa— ha tenido Ud. la aviesa intención de parecerse a alguna princesa del Tibet, señora de uno de esos reyes que dominaban los sombríos rituales del Bön, desaparecidos, gracias a Dios, en la Antigüedad más remota, ¿o me equivoco, *Madame*? Pero no me atrevería a contar en presencia de damas las atroces proezas de la Princesa Verde: baste decir que murió en

\* Fue publicado por vez primera y en francés el año 1957. Actualmente está incluido en la recopilación de relatos cortos y piezas dramáticas, preparada por varios especialistas, *La Deboutante, Collection «L'Age de Or», Flammarion, 1978. (Nota del traductor, J.A.).*

circunstancias misteriosas, en torno a las cuales circulan aún diferentes leyendas en el Lejano Oriente. Unas pretenden, por ejemplo, que el cadáver fue robado por unas abejas que lo conservan embalsamado con la miel transparente de las flores de Venus. Otras aseguran que el féretro pintado no contenía el cuerpo de la princesa, sino el de una grulla con rostro de mujer. Las demás, afirman que la princesa reaparece de cuando en cuando bajo la forma de una cerda.» Mr. Mac Frolick se detuvo brusca-mente y me escrutó con severidad: «Y no añadiré nada más, *Madame*, porque somos católicos.»

Confundida por estas palabras, renuncié a cualquier explicación y bajé la cabeza: mis pies resultaron bañados por una lluvia de sudor frío que cayó de mi frente. Mr. Mac Frolick me observaba de cerca con su mirada mortecina, sin brillo. Tenía unos ojos azulones, una nariz prominente, gruesa y un tanto respingona. Era imposible no percatarse de que este hombre distinguidísimo, devoto, de moralidad intachable, era la copia humana de un gran cerdo blanco. Sobre su barbilla bien provista de carne, aunque un poco salida, le colgaba un tupido bigote. Sí, Mr. Mac Frolick recordaba en todo a un cerdo, pero a un cerdo hermoso, un cerdo devoto y distinguido.

Justo en el momento en que estas peligrosas reflexiones desfilaban tras mi rostro verde, un joven de aspecto celta me cogió la mano diciéndome: «Venga, querida señora, y no se atormente más; fatídicamente, todos nosotros guardamos cierto parecido con los órdenes animales. Ud. es sin duda consciente de su propio aspecto caballar, luego... no se atormente más; todo es confuso en nuestro planeta. ¿Conoce Ud. al Sr. D...?»

—No, respondí perpleja, no le conozco.

—D... se halla entre nosotros esta noche —prosiguió el joven—; es un Mago y yo soy su discípulo. Mire, ahí le tiene, sentado junto a esa rubia gorda vestida de satén violeta, ¿le ve?

Vi a un hombre de traza tan neutra que hería la vista, violentamente, igual que un salmón con cabeza de esfinge vislumbrado en una estación de ferrocarril. La neutralidad extraordinaria de este personaje daba una impresión tan desagradable que tuve que sentarme tambaleando en una silla.

«Quiere ud. conocer a D...? —preguntó el joven—. Es un hombre de gran valía, se lo aseguro.» Iba a contestar cuando una mujer idéntica a una pastora del Rey Sol, de mirada extremadamente dura, me agarró por los hombros y me enfiló derecha a la sala de juego.

«Necesitamos a una cuarta jugadora de bridge, querida, y, claro está, tú sabes jugar al bridge, ¿hmm?». Yo no tenía la menor idea, pero, atenazada por el miedo, me callé. Deseaba salir corriendo, pero como soy demasiado tímida opté por explicarle que sólo podía jugar si las cartas eran de fieltro, «debido a la alergia que padezco en el dedo meñique de la mano izquierda.» Fuera, la orquesta tocaba un vals tan detestable que no tuve el valor suficiente para decirle que me moría de hambre. Un alto dignatario eclesiástico sentado a mi derecha sacó una chuleta de cerdo del interior de su lujoso fajín púrpura: «Ten, hija mía, la Caridad derrama Misericordia por igual

sobre gatos, pobres y mujeres de rostro verde.» La chuleta, que sin duda residía desde hacía mucho tiempo cercana a la barriga del eclesiástico, no me apetecía en absoluto, pero la acepté con la sana intención de ir a enterrarla en el jardín. Encaminándome, pues, hacia el exterior de la casa, me encontré de pronto bajo la noche débilmente iluminada por el planeta Venus. Me entretuve paseando junto a una fuente estancada repleta de abejas lánguidas, desfallecidas, hasta darme de bruces con el ilusionista, el hombre neutro.

«Por lo visto todos paseamos, ¿eh? —dijo con un tono despreciativo—. Siempre ocurre lo mismo en estas casas de ingleses expatriados: uno acaba jodido de tanto aburrimiento.»

Le confesé avergonzada que yo también era inglesa, y el hombre neutro soltó una risita sarcástica: «Ud. no tiene la culpa de ser inglesa, al menos no toda. La idiotez congénita de los habitantes de las Islas Británicas está tan bien entremezclada con su sangre que ni siquiera ellos mismos son conscientes de este hecho. Las enfermedades espirituales de los ingleses se han transformado en carne, o mejor dicho, en queso de cabeza de cerdo.» Ligeramente irritada, respondí que, aunque en Inglaterra llovía demasiado, es el país que ha engendrado a los mejores poetas del mundo. Luego, para cambiar de tema, añadí: «Acabo de conocer a uno de sus discípulos. Me ha dicho que es Ud. un adepto de la Magia.»

—En efecto, soy un instructor espiritual, o un iniciado, si Ud. lo prefiere, pero ese infeliz muchacho no llegará nunca a nada. Sepa Ud., pobre señora mía, que el camino esotérico es tortuoso y está sembrado de catástrofes. Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Le aconsejo que se limite a sus encantadoras necedades femeninas y se olvide de todo lo relativo a un orden superior de las cosas.»

Mientras el hombre neutro me hablaba de esta manera, yo intentaba desesperadamente ocultar la chuleta de cerdo que pringaba con horribles goterones de grasa entre mis dedos. Ignorando qué hacer, terminé por metérmela en un bolsillo.

Comprendí aliviada que ese hombre no me tomaría jamás en serio si descubría que yo iba paseándome por ahí con chuletas de cerdo bajo el brazo. Yo temía al hombre neutro más que a la peste, así que hice todo lo posible por causarle buena impresión.

«Desearía saber algo más acerca de su magia, estudiar incluso con Ud. Hasta ahora...» Con un gesto altivo, me cortó bruscamente el aliento: «NO EXISTE NADA —intente comprender lo que le digo—, no existe nada, absolutamente nada.»

Fue entonces cuando sentí que me evaporaba en una masa opaca, incolora y sin resquicio. Cuando recuperé el sentido, el hombre neutro se había esfumado. Quería regresar a casa a toda costa, pero estaba perdida en aquel jardín abotargado con el perfume de cierto arbusto denominado Aroma de Noche. Vagué durante algún tiempo por los senderos hasta llegar a una torre a través de cuya puerta entreví una escalera de caracol.

Alguien me llamaba desde lo alto; yo subí los escalones pensando que, a fin de cuentas, no tenía gran cosa que perder. Boba de mí, estaba atrapada como el conejo de dientes triangulares. Pensé, amarga: «En este instante soy más pobre que un mendi-

go, por mucho que las abejas hayan hecho todo lo posible en advertirme. He perdido la miel de todo un año, y, para colmo, Venus observándome en el cielo.»

Al final de la escalera me encontré en el gabinete particular de Mr. Mac Frolick. Me recibió muy amablemente, y yo no supe explicarme semejante cambio de actitud. Con un gesto impregnado de añeja cortesía, me ofreció un plato de cerámica esmaltada (muy fino) sobre el que reposaba su propio bigote. Dudé en aceptarlo, por si acaso pretendía que yo me lo comiese. «Es un excéntrico», me dije, y rápidamente inventé una excusa: «Lo siento de veras, *Monsieur*, pero ya no tengo hambre; acabo de degustar la deliciosa chuleta de cerdo que el señor Obispo me ofreció tan gentilmente...»

Mac Frolick parecía un tanto ofendido: «*Madame*, este bigote no es en ningún caso comestible, sino un recuerdo de esta velada estival; me he atrevido a pensar que quizás Ud. lo guardaría en algún joyel apropiado para tal uso. Debo añadir que este bigote no posee ningún poder mágico, pero que su importante volumen lo diferencia de los objetos comunes.» Al percatarme de mi paso en falso, cogí el bigote y lo guardé con muchísimo esmero en mi bolsillo, donde acabó pegado de inmediato a la asquerosa chuleta de cerdo. Mr. Frolick me tumbó entonces sobre el diván y, apoyándose grave sobre mi estómago, me dijo en un tono confidencial: «Princesa Verde, sepa Ud. que hay diferentes clases de magia: la magia negra, la magia blanca y, la peor de todas, la magia gris. Es indispensable que le advierta de algo: entre nosotros se encuentra esta noche un peligroso mago gris, un tal D... Ese hombre, ese vampiro de palabras aterciopeladas, es el responsable de la muerte de numerosas almas, humanas y de otro tipo. Repetidas veces, D... se ha infiltrado atravesando incorpóreo los muros de este castillo para robarnos nuestras esencias vitales.» Tuve que mal disimular una sonrisita, pues lo cierto es que viví durante mucho tiempo con un vampiro de Transylvania, y mi madrastra, una mujer-lobo, me enseñó todos los secretos culinarios que se requieren para regalar y satisfacer el apetito de los vampiros más voraces.

Mac Frolick se apoyó aún con más fuerza sobre mí resoplando: «Debo deshacerme sea como sea del tal D... Desgraciadamente, la Iglesia prohíbe el asesinato privado, por lo que me veo obligado a pedirle su ayuda, *Madame*. ¿Ud. es protestante, verdad?

—De ningún modo, respondí; yo no soy cristiana, Mr. Mac Frolick. Además, no deseo matar a D...; aun cuando tuviese la menor posibilidad de hacerlo sin que él me pulverizase diez veces primero.»

El rostro de mi anfitrión se tornó cambiante de pura rabia: «¡Pues entonces, váyase! —aulló colérico—. Yo no acostumbro a recibir ateos en mi casa. ¡Váyase ahora mismo, *Madame!*»

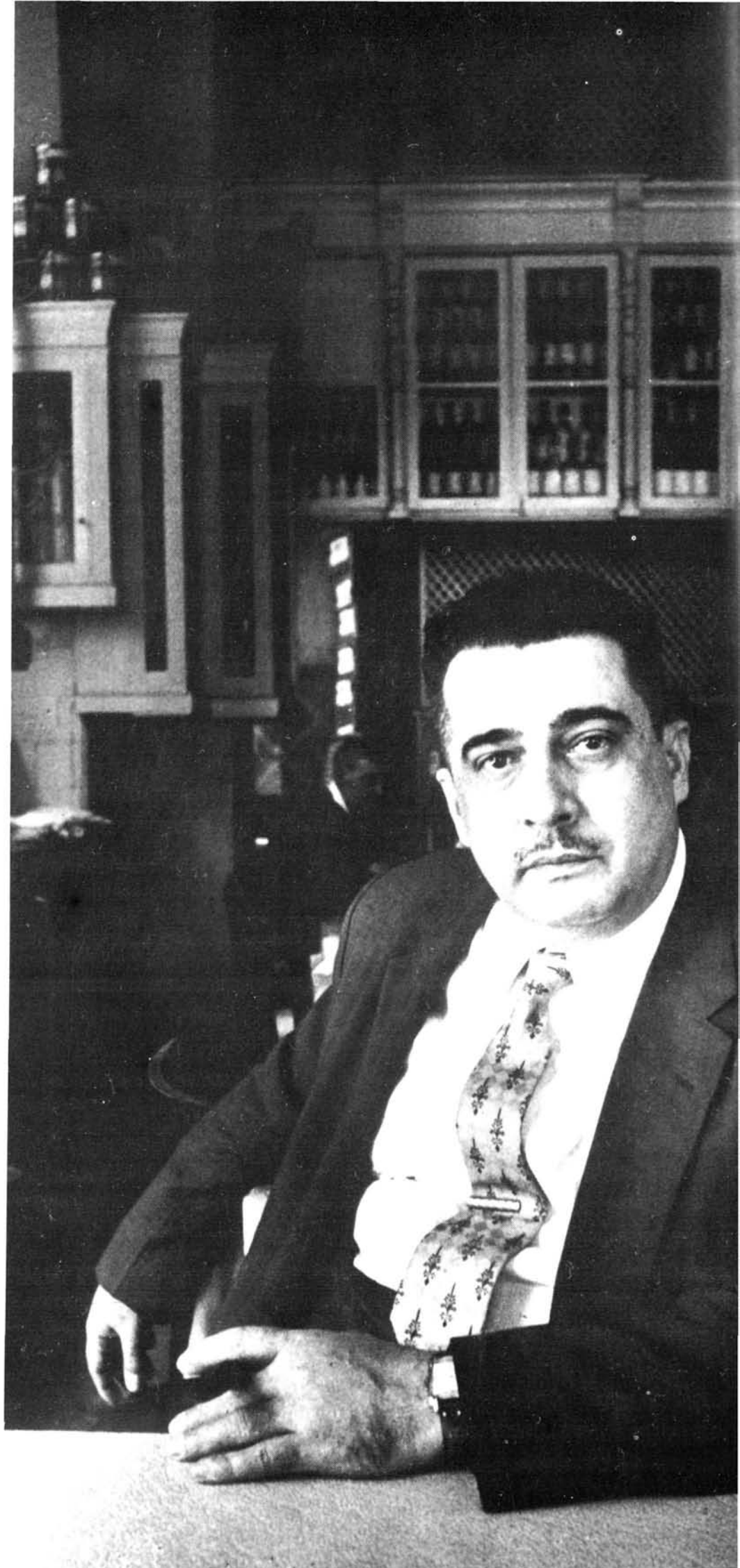
Salí corriendo todo lo rápido que la escalera permitía, mientras Mr. Mac Frolick, inclinado sobre el quicio de la puerta, me insultaba en una terminología de lo más rica para un hombre tan devoto.

No existe un final preciso para esta historia que relato como simple incidente veraniego. No existe un final porque el incidente es verídico, y porque todos los personajes continúan vivos, cada uno en pos de su propio destino. Todos, salvo el Obispo, que se ahogó trágicamente en la piscina del castillo: dicen que fue atraído allí por sirenas disfrazadas de niños cantores.

Mr. Mac Frolick, por su parte, jamás ha vuelto a invitarme a su castillo, pero alguien me ha asegurado que goza de buena salud.

## Leonora Carrington





José Lezama Lima  
(Foto: Jesse A. Fernández)